

LA CIUDAD DEL OCCIDENTE MEDIEVAL Y LA DINÁMICA DEL CAPITALISMO

Eduardo Crivelli Minutti

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Instituto de Ciencias
Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego”

ORCID: 0000-0002-7427-1394

edoardocrivelli@hotmail.com

Recibido: 24 de mayo de 2023

Aceptado: 22 de agosto de 2023

RESUMEN

Siguiendo la hipótesis de que el capitalismo moderno floreció cuando las grandes ciudades fueron absorbidas por los Estados modernos, más capaces de controlar los territorios y transformarlos en espacios económicos coherentes, el presente artículo busca rastrear la relación entre los orígenes de las ciudades medievales occidentales y la dinámica del capitalismo como punto de intersección de normas, flujos, infraestructuras y sujetos. Con ello se discute la idea de que el capitalismo industrial no supuso el fortalecimiento de la ciudad, sino que más bien la llevó a su virtual desaparición como sistema social institucional, relativamente autónomo, organizado en torno a necesidades y objetivos específicos, que hoy parecen retomarse en las luchas y resistencias urbanas.

Palabras clave: ciudad, medieval, sistema-mundo, Europa occidental, capitalismo.

THE CITY OF THE MEDIEVAL WEST AND THE DYNAMICS OF CAPITALISM

ABSTRACT

Following the hypothesis that modern capitalism flourished when large cities were absorbed by modern states, more capable of controlling territories and transforming them into coherent economic spaces, this article seeks to trace the relationship between the origins of western medieval cities and the dynamics of capitalism, as a point of intersection of norms, flows, infrastructures, and subjects. With this, the idea is discussed that industrial capitalism did not imply the strengthening of the city, but rather led it to its virtual disappearance as a relatively autonomous institutional social system, organized around objective and specific needs, which today seem to take up again in the urban struggles and resistances.

Keywords: city, medieval, world-system, Western Europe, capitalism.

INTRODUCCIÓN

Hasta finales del siglo XVII, la mayor parte del mundo era predominantemente rural y en países como Rusia, Escandinavia o los Balcanes, en donde la ciudad no había florecido demasiado, del 90 al 97 % de la población era campesina. Incluso en lugares con fuerte, pero decaída tradición urbana, el porcentaje de la población agrícola era altísimo, por ejemplo el 85% en Lombardía, del 72 al 80% en Venecia, más del 90% en Calabria y Lucania, así como en Inglaterra donde la población urbana superó por primera vez a la rural en 1851. Desde luego, la palabra urbano es ambigua, ya que puede comprender a grandes ciudades, como Londres y París, que en ese tiempo albergaba a cerca un millón de personas, algunos centros alemanes, españoles o italianos, que contaban con cientos de miles de habitantes, o la multitud de pequeñas ciudades provinciales, que no son menos urbanas por ser de menor tama-

ño, marcando una rígida división entre las ocupaciones urbanas y rurales, como sucedía en Prusia, en donde el gobierno deseoso de conservar a los contribuyentes urbanos, reforzaba constantemente esa separación entre el campo y la ciudad (Hobsbawm, 2021 [1962], p. 21). De ahí que exista ambigüedad también a la hora de comprender los procesos urbanos en las dinámicas del capitalismo¹, sobre todo porque dichas dinámicas históricamente parecen haber respondido a un juego de doble nivel: primero al interior de las ciudades, en el marco de sus intercambios comerciales, y, a la vez, en estructuras financieras y relaciones políticas de mayor envergadura que permitieron el desarrollo y consolidación del Estado racional o moderno, “único terreno donde puede prosperar el capitalismo moderno” (Weber, 2017 [1923]: 342)².

En el *Manifiesto Comunista*, Karl Marx y Fredric Engels (1848), por ejemplo, exponen la manera en la que el capitalismo surge cuando la burguesía somete el campo a la ciudad, esclavizando al sector agrícola para la extracción de beneficio. Sin embargo, este proceso no fue sencillo, ni consecuencia directa del crecimiento urbano, como bien decía Carlo Cipolla (1972) al observar que, si bien se puede establecer una relación regular entre el tamaño de las ciudades y la población total de una región, se debe tomar con cautela esa afirmación de Marx y Engels (1848), pues la oposición existente entre campo y ciudad, en la Edad Media, fue a menudo

¹ Fernand Braudel (1979) estudia “la dinámica del capitalismo”, distinguiendo entre tres niveles de análisis: (i) las estructuras de largo plazo (geografía económica y social), (ii) las instituciones de mediano plazo (organizaciones políticas y comerciales) y los eventos de corto plazo (ciclos económicos y eventos históricos). Desde esta perspectiva, el capitalismo surge de la interacción de estas capas, donde las fuerzas geográficas y las estructuras de poder influyen en la economía y el comercio.

² Para Max Weber (1923), el capitalismo moderno sólo puede prosperar en el Estado moderno occidental, basado en el derecho y la burocracia, como forma de regulación y administración respectivamente.

insignificante. A pesar del confinamiento y atrincheramiento de la ciudad en el interior de sus murallas, en esa época sus puertas permitían un activo tráfico en ambas direcciones para un comercio libre con el campo circundante (Cipolla, 1979 [1972], pp. 36; 99-100). Ante ello, salta a la mente la siguiente cuestión: ¿es la ciudad el embrión del capitalismo moderno que no deja de reproducir las lógicas de acumulación de capital o fue la liquidación del poder político de las urbes lo que favoreció esa dinámica capitalista?

Partiendo de la premisa de Georg W. F. Hegel (1837) sobre que el estudio del pasado inicia en el presente, surge la hipótesis de que el espacio urbano, actualmente terreno de disputa, de acción y rebelión política, no es intrínseco al desarrollo capitalista, sino que el capitalismo moderno se desarrolló a la sombra de la decadencia de las grandes ciudades. Así que el presente artículo tiene el objetivo de rastrear las dinámicas capitalistas en las ciudades medievales occidentales, como punto de intersección de normas, flujos, infraestructuras y sujetos. Siguiendo una metodología de análisis de sistema-mundo, el trabajo hace una vista panorámica para identificar el origen primigenio de la economía-mundo capitalista en la Europa del medioevo, considerando los procesos de intercambio económico a larga escala, cuyos protagonistas son las ciudades y sus estructuras económicas.

De este modo, se mostrará la complejidad de un pasado con realidades acotadas sobre todo al Norte de la Europa continental e insular, dominada sobre todo por los francos y otros grupos de origen germano, y la península itálica, heredera del mundo romano, que son las regiones que encierran el espíritu de una época y la esencia del Occidente medieval. Para ello, el trabajo se divide en cuatro partes. En la primera de ellas se reflexiona sobre el paso de la ciudad al Estado, como formas de organización social. En el segundo apartado se pone de relieve la autonomía de las ciudades medievales en los orígenes del modo de producción capitalista. En el tercer apartado se replantea la situación de las ciudades y su absorción dentro del Estado moderno en la medida que los procesos de acumulación superan la forma de la Europa occidental. El tra-

bajo cierra con una serie de reflexiones finales sobre el papel de la ciudad en los límites de la crisis del capitalismo en la actualidad.

DE LA CIUDAD AL ESTADO

Los estudios sobre la génesis y desarrollo del fenómeno urbano en la Edad Media suelen centrarse en la reconstrucción de los procesos de acumulación y transformación de la riqueza característica de las ciudades, entendidas como una sociedad de consumidores de los productos agrícolas del campo circundante (Weber, 2019 [1922]: p. 940). Por eso, Henri Pirenne define las ciudades medievales como lugares de una relación permanente de servicios y de dependencia recíproca con el campo (Pirenne, 2019 [1972], pp.107-108). Sin embargo, contrario a esas tesis que observan la división radical del entorno urbano del agrícola, Robert Fossier señala que las ciudades medievales deben comprenderse en un contexto social más complejo en el que “aldeanos y ciudadanos formaban parte de un tejido de trama más o menos tupida” (Fossier, 2019 [2007], p. 236). Esto no niega, por su puesto, que la ciudad medieval también haya sido fundamentalmente un lugar de concentración de poder político, el cual se legitimó por su propósito de sujetar el espacio circundante de una manera racional, en una época en la que las ciudades eran raras y pequeñas ubicadas en lo que históricamente se define como una civilización rural (Mattoso, 2009, pp.183-184).

En efecto, Karl Marx había observado que la historia de la antigüedad clásica y medieval es la historia de las ciudades, basadas en la propiedad territorial y la agricultura (Marx, 2019 [1953], p. 442). Max Weber nota que si bien los elementos esenciales de las ciudades premodernas son la fortaleza, el mercado y la jurisdicción autónoma, se debe distinguir a la ciudad antigua por obtener sus recursos en gran medida gracias al dominio político-militar sobre otras poblaciones, mientras que en el núcleo urbano medieval toma importancia el carácter asociativo como corporación de sus

habitantes que gestionan sus poderes autónomos. Esto es debido a que por lo menos hasta el siglo XV, las ciudades europeas rara vez estuvieron incorporadas a un Estado fuerte y centralizado, como, por ejemplo, sucedía de manera más común en gran parte de Asia central y oriental³ (Weber, 2019 [1922], pp. 947-848, 960). Así que, de manera general, se puede definir a la ciudad medieval como un tipo específico de asentamiento urbano que se desarrolló en la Europa occidental durante la Edad Media, es decir, aproximadamente entre los siglos V y XV, caracterizada por un modo de producción y una organización política particulares que luego dieron paso a un proceso de urbanización capitalista.

Modo de Producción

La composición de las sociedades medievales debe rastrearse en el desarrollo de las fuerzas productivas y sus relaciones sociales en la transición de la antigüedad al feudalismo (Anderson, 2019 [1975], p.155). Un aspecto central de la decadencia del mundo antiguo estuvo en la fuga de siervos y esclavos, los llamados *servi*, que en muchos casos fundaron comunidades libres. En época carolingia esas fugas continuaron, pero ya no alimentaron una sociedad de base campesina, sino el modo feudal de producción que comenzaba a imponerse en la Europa medieval. Quienes huían se radicaban en villas o aldeas y los *servi* de las residencias o cortes señoriales pasaron a poblar como dependientes esas aldeas o burgos, muchas veces con la denominación de no libres o *casati*, aunque ya no eran considerados como esclavos sino que su condición servil les otorgaba parcialmente la libertad, al menos en su estatuto jurídico⁴ (Astarita, 2019, pp. 198, 200-201).

³ Weber (1922) señala tres tipos básicos de ciudad premoderna: antigua, asiática y medieval.

⁴ Georges Duby (1973) sospecha que en realidad, fuera de la nobleza, parece que no había personas verdaderamente libres o que escaparan

La sociedad feudal que se conformó de la dispersión de la economía antigua en la Europa de la Alta Edad Media, permite que la *curtis*⁵ se dote para coordinar de manera autónoma el ciclo completo de la producción agraria, aunque tal aspiración nunca llega a ser completa, pues es incapaz de satisfacer todas sus necesidades y, a menudo, estos centros colocan los excedentes de su producción en mercados y ferias locales que continuaron existiendo a pesar de la reducción del comercio (Davide, 2015 [2010], p. 282). En esa época el circuito comercial de larga distancia tuvo dimensiones diversas y se concentró en ciertos ejes de comunicación e intercambio, centrados sobre todo en los *negotiatores*, es decir, comerciantes locales organizados incluso para hacer expediciones en países lejanos, sobre todo por vía marítima y luego aprovechando los ríos navegables para penetrar el corazón de la Europa continental (López, 1975, p. 60).

Estos proveedores de artículos lejanos se encontraban en áreas especialmente designadas, en las que exponían sus mercancías e intercambiaban entre sí los productos que llevaban consigo: los *portus* (puertos), así como los mercados y las ferias, algunas de ellas semanales y otras anuales, que atraían a más gente. Los privilegiados en el sistema feudal vigilaban estas actividades y trataron de oponerse a los valores del mercado y el dinero, pero luego prefirieron sacar ventaja del floreciente desarrollo de los centros productivos y comerciales. De esta manera, crece la oposición entre el burgo y la *civitas* (o ciudad episcopal), los mercaderes, gremios y los hombres de “alta cuna”, el “común” frente a los burgueses y, con ello, también aumentan los problemas relacionados con las cartas de derechos, los fueros, la riqueza y el poder, la moneda y los intercambios, el acaparamiento y los orígenes del capitalismo,

completamente a las obligaciones y que pudieran disponer enteramente de sí mismos (Duby, 1977 [1973]: 54).

⁵ La llamada *curtis* o *villa*, estaba conformada por la *pars dominica*, administrada directamente por el “Señor” o la *pars massaricia*, confiada al trabajo de los colonos.

en otras palabras, la corona y el Estado moderno (Fossier, 2019 [2007], p. 236). Para el siglo XV, las ciudades italianas, pero sobre todo Venecia, que era la más fuerte de ellas, se habían convertido en el prototipo de Estado capitalista, dirigido por una oligarquía mercantil que detentaba el poder estatal⁶. Los humanistas de las *Signorie* italianas se inspiraban en la *Polis* griegas, para delinear el ideal urbano de autarquía y autosuficiencia, concibiendo con ello una nueva idea de soberanía que fue el complemento necesario para el surgimiento del capitalismo y el Estado moderno (Pockoc, 1975, p.3). En efecto, las *Signorie* ya eran una suerte de “Estados territoriales urbanos”, es decir, ciudades-Estado, distintas de las monarquías y principados patrimoniales de carácter patriarcal y rural.

Hacia la urbanización capitalista

El sistema de ciudades-Estados no tardó en ser superado en el siglo XVI, pues el mundo se fue haciendo más complejo y se estructuró como un complejo sistema económico mundial unificado, compuesto por clases sociales y una jerarquía de Estados soberanos que se mantienen unidos a partir de fuerzas económicas centrales que generan subdesarrollo en las periferias dependientes (Wallerstein, 1974). De acuerdo con Weber (1923), la existencia de un sistema de Estados nacionales soberanos, basados en el derecho y la burocracia, sería el prerequisite necesario para desarrollar el capitalismo moderno. Por lo tanto, la ciudad-Estado, que había sido la dueña del Mediterráneo hasta el siglo XV comenzó a quedar demasiado frágil y angosta, para los problemas políticos y financieros del momento. El Estado territorial, rico en espacio y

⁶ Las adquisiciones territoriales de los venecianos se hallaron sometidas a un cuidadoso análisis coste-beneficio, conformando un verdadero modelo de Estado capitalista del tipo que Marx y Engels (1848) plasmaron en el *Manifiesto Comunista* como “una junta de administradores que gestiona los negocios comunes de toda la burguesía” (Marx y Engels, 2012 [1848], p. 52).

en población, fue más capaz de hacer frente a los enormes gastos de la guerra moderna, sosteniendo ejércitos de mercenarios, financiando el costo de la artillería y afrontando incluso grandes y costosas guerras marítimas, que antes habían sido prácticamente inexistentes (Braudel, 2018 [1949], p. 10).

La sustitución de estas economías imperiales premodernas por un sistema de Estados nacionales más racionales permitió a los capitalistas escapar del control político directo de las autoridades religiosas, feudales e imperiales, amparándose en el marco de la ley y la administración pública de los recursos. Con ello surgió el urbanismo moderno, el cual se puede definir como aquel proceso de extensión de las ciudades que se dio en la medida en la que los procesos de industrialización y globalización fueron atrayendo inversiones y oportunidades comerciales a los territorios, mientras el racionalismo burocrático del Estado y el de la organización industrial, apoyado por las exigencias de la gran empresa, fueron imponiendo un funcionalismo simplificador que disolvió las antiguas formas de la ciudad tradicional⁷. Por “ciudad tradicional” se comprende a ese núcleo urbano que había evolucionado a lo largo del tiempo, manteniendo ciertas características culturales, sociales y arquitectónicas que reflejaban una historia compartida y un sentido arraigado de comunidad. Así que cuando se disuelve esa ciudad tradicional, la sociedad urbana es sometida a presiones que no puede soportar y tiende pues a fundirse en la ordenación planificada del territorio, es decir, se somete a la gestión centralizada de las “cosas” y de la “cultura” (Lefebvre, 1969 [1968], pp. 98-100).

Por lo tanto, si bien, el capitalismo parece haberse originado en la ciudad medieval, paradójicamente se desarrolló gracias a su desplazamiento y sustitución por parte del Estado moderno, que

⁷ Lefebvre (1968) considera la idea la “ciudad tradicional” al considerar el espacio no sólo como un lugar físico, sino como producto de significados y relaciones sociales que se ven afectados por el proceso de industrialización capitalista.

se constituye como una unidad política y económica más adecuada para controlar los mercados y desarrollar mejor los intercambios. Al mismo tiempo la economía mundial toma forma como un sistema de acuerdos y regulaciones interestatales bajo la apariencia de la racionalidad, que encierra una lógica de divisiones asimétricas, en la que se van creando todo tipo de tensiones sociales y psicológicas de naturaleza destructiva, deteriorando las ciudades en el momento mismo en el que se fomentan el aumento desordenado de su tamaño para absorber las inversiones de capital excedente, incrementando con ello los niveles de contaminación y generando anillos de empobrecimiento en sus periferias. Se trata, pues, de un fenómeno que puede rastrear sus orígenes junto con los del capitalismo.

LAS CIUDADES EN EL ORIGEN DEL CAPITALISMO

En sus *Etimologías* San Isidoro de Sevilla definía a la ciudad o *urbe* como *multitudo hominum societatis vinculo adunata* (una multitud de hombres unidos por vínculos de sociedad), la cual era una extensión natural del refugio que históricamente habían buscado los pueblos frente a la naturaleza o las amenazas de otros grupos humanos (Isidoro de Sevilla 2004 [ca. 625, XV.2:1058]). A pesar de la fragmentación política del mundo medieval, la vida económica y comercial persistía en los burgos, centros urbanos fortificados, y en las ciudades episcopales, donde la influencia eclesiástica contribuyó a mantener la cohesión social y el orden en medio del cambio político. Sin embargo, en las ciudades el conflicto era inherente, pues en su interior, surgían tensiones entre la autoridad eclesiástica y civil, mientras que en el exterior las rivalidades territoriales y comerciales a menudo llevaban a conflictos violentos entre ciudades o con las autoridades papales o imperiales. Estas dinámicas de conflicto moldearon la compleja estructura social y política de las ciudades medievales en su transición al urbanismo moderno y en el desarrollo del capitalismo.

Los Burgos y las ciudades episcopales

La necesidad de defensa ya sea contra sarracenos, normandos o incluso los príncipes vecinos, comenzó a cubrir a los territorios de la Europa occidental de todo tipo de fortalezas, a las que comúnmente se les llamó *burg*⁸, palabra de origen germano, adoptada por el latín para dar cuenta de esos recintos amurallados. En los burgos tenía sede permanente una guarnición de caballeros (*militēs castrensēs*), a las órdenes del alcalde (*castellanus*) y donde el príncipe temporal tenía una habitación (*domus*) y residía con su comitiva en el curso de sus continuos desplazamientos a los que estaba obligado por la guerra y otras cuestiones relacionadas con el gobierno del territorio, pues en ese entonces el centro de administración no era el lugar de su residencia sino su persona (Pirenne, 2019 [1972], p. 61). En otras palabras, según la concepción medieval de la autoridad pública, el señor normalmente controlaba la justicia y el ejército, aunque permitía a algunos pueblos organizar su propia protección, especialmente en la construcción de murallas o empalizadas (Genicot, 1993 [1990]: p. 113).

En esa época también existían ciudades episcopales, llamadas *civitas*, donde se encontraban las sedes de las diócesis cristianas agrupadas alrededor de su catedral, que si bien se habían convertido en importantes centros religiosos, en cierta medida, eran inútiles para la administración civil de los territorios. Incluso Roma, por ejemplo, había dejado de ser la antigua capital del imperio, para convertirse en *civitas* de los pontífices, prácticamente entregada a ellos por los emperadores, que en el curso de los años habían decidido sustituir la capital imperial por Ravena y más tarde por Constantinopla. La mayoría de las *civitas*, incluida Roma, estaban empobrecidas y despobladas, pero el poder de los obispos sobre las poblaciones de estas ciudades no dejó de aumentar y la

⁸ Estos lugares también fueron llamados: *castellum*, *castrum*, *oppidum*, *urbs*, *municipium*.

iglesia cristiana permaneció como la única institución unida en ese contexto (Pirenne, 1946 [1925]: 63-64).

Los burgos y las *civitas* en realidad no producían casi nada, eran plazas fuertes y centros administrativos, sus habitantes no poseían derechos especiales o instituciones propias y su tipo de vida no les diferenciaba de la del resto de la sociedad, pues responden completamente a la civilización agrícola de su tiempo (Genicot, 1990). Sin embargo, con la radicación de trabajadores en aldeas o burgos también creció el número de servidores para el mantenimiento de los edificios, la confección de utensilios para satisfacer necesidades cotidianas y las comunidades de artesanos con talleres (Astarita, 2019, pp. 198, 200-201). Chrétien de Troyes ilustra la situación de esos talleres tratando la cuestión de treinta doncellas cautivas de “dos hijos del diablo”, quienes explotaban su trabajo en el castillo:

“Es una niñería hablar ahora de libertad, porque nunca saldremos de aquí. Siempre tejeremos telas de seda y nunca iremos mejor vestidas [...] porque del trabajo de nuestras manos no recibe cada una para vivir más que cuatro dineros de libra y con tampoco no podemos tener suficiente alimento y vestidos, porque ganando veinte sueldos a la semana no se libra uno de la miseria. [...] mientras se hace rico con nuestra pobreza aquel para quien trabajamos. Para aprovechar más velamos la mayor parte de la noche y trabajamos durante el día porque nos amenaza con dañarnos los miembros si descansamos y por eso no nos atrevemos a reposar (Chrétien de Troyes, 2014 [ca. 1170-1181], p. 158).

Lo misterioso y siniestro del episodio parece ser un aviso a la nobleza del peligro de no olvidarse de la generosidad que la distingue para enriquecerse con el trabajo ajeno. El tratado *Conflit du mouton et du lin* (*Conflicto del cordero y el lino*), compuesto en el Norte de Francia hacia 1070, permite identificar la localización de algunos de estos talleres, por ejemplo en Renania y Suabia de donde venían

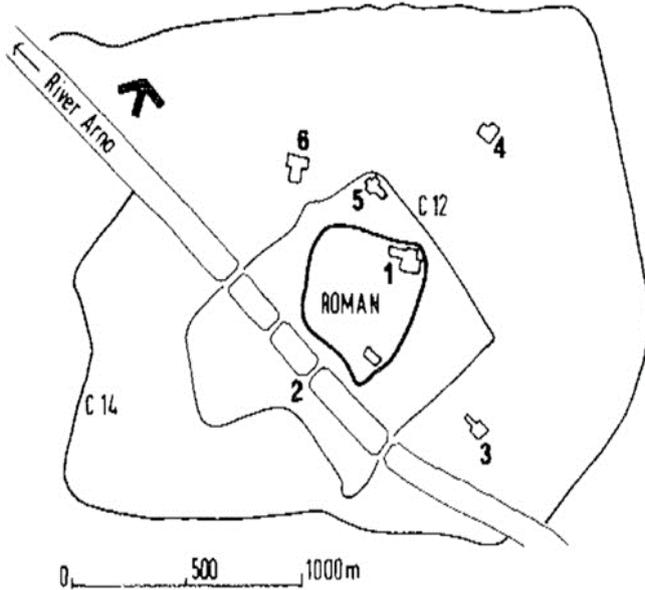
los paños de negro y de rojo, de menor calidad que los de Flandes y sus alrededores, de donde procedían los verdes y grises, producidos en talleres aglomerados alrededor del viejo *portus*, en donde casi no había ninguna corte, es decir, donde la producción está más enfocada en el taller (Duby, 2020 [1973], p. 276). La estabilización de las estructuras políticas, así como nuevos métodos de gestión del trabajo que favorecieron un renacimiento comercial comenzó en el siglo IX, cuando Carlomagno intentó organizar ese disperso sistema administrativo de los francos bajo una sola institución imperial junto con los territorios germanos y del Norte de Italia, utilizando las estructuras de la Iglesia para legitimar sus pretensiones.

Formas de territorialización

En la Europa occidental se desarrollan embriones de ciudades, los *portus* autónomos o anexos a las ciudades episcopales o burgos militares, en las que se instala la división del trabajo, sobre todo para cubrir la demanda del mundo musulmán y de sus grandes ciudades, como Damasco, Túnez, Bagdad o Córdoba, que reclaman gran cantidad de materias primas como maderas, pieles, espadas, esclavos etc. Más tarde, el surgimiento de las universidades en el siglo XII y XIII jugará un papel importante para el desarrollo de los conjuntos urbanos que aparecen junto a ellas (Le Goff, 2008 [1985], pp. 27-28). En la figura 1, se muestra, por ejemplo, el crecimiento de la ciudad de Florencia durante el Medioevo alrededor de su núcleo urbano romano.

El centro-Norte de Italia destaca por su originalidad en la urbanización, sobre todo porque, a diferencia de otros lugares, la intensa urbanización antigua no permite la aparición de ciudades nuevas (Vitolo, 2018 [2011], p. 147). Estos lugares también vieron el desarrollo de una amplia autonomía política, consecuencia de su fuerza económica y cultural y de la debilidad de los sistemas políticos a los que estaban adscritos, con el imperio y los grandes señores territoriales (Zorzi, 2018 [2011], p. 37). Cuando los francos cancelaron el reino longobardo en Italia dotaron a la curia ro-

Figura 1.
Florencia: mostrando los dos anillos de la Edad Media
defensas en torno al núcleo romano.



Clave: 1, Catedral; 2, Ponte Vecchio; 3, S. Croce; 4, S. Marco; 5, S. Lorenzo; 6, S. María Novella; C12, fortificaciones del siglo XII; C14, fortificaciones del siglo XIV.

Fuente: Morris (1994, p. 99).

mana algunas tierras pertenecientes al imperio bizantino, incluida la región lagunar de Venecia, que rechazó tanto la autoridad papal como a la invasión militar franca, huyendo a su anexión al reino franco de Italia y escapando así a un porvenir agrícola y feudal, para centrarse alrededor de su núcleo urbano y comercial en la laguna (Zorzi, 2021 [2001], pp. 29-30).

En el resto de la Europa, dominada por los francos, prevalece la agricultura y la mayor parte de la población está compuesta por campesinos que tienen a organizarse en el sistema *curtense* que empieza a orientar los intercambios de sus excedentes ya no sólo hacia el mediterráneo, dominado por los musulmanes, sino hacia el Occidente. La autorización concedida en el 817 a los monjes benedictinos de sustituir con manteca de cerdo y mantequilla al aceite de oliva, previsto en *la Regla*, pero inaccesible en gran parte del imperio carolingio, simboliza el reordenamiento de esos tráfi-cos, que viran hacia el mar del Norte. Los *negotiatores*, al servicio de los grandes propietarios, convergen en nuevos centros de intercambio como Rouen, en la boca del Senna; Quentovic, en la costa de la Mancha; y Dorestad en el estuario del Renno, que se vuelven famosos, mientras declinan los viejos puertos del Mediterraneo como Marsella (Barbero, 2000, p. 303).

A la disolución del imperio carolingio en el siglo IX siguió una transformación que terminó por institucionalizar al feudalismo en algunas partes del Norte de Italia y, sobre todo, en el Norte de Francia, los Países Bajos e incluso la contigua Inglaterra. Los señores civiles incrementaron las exigencias sobre las poblaciones, en particular la presión fiscal, con el pretexto de protegerlas del desconcierto político que era acompañado por las distintas guerras entre algunos de esos señores, con víctimas y daños considerables. Así que el pasaje, entre las primeras dos década del siglo X y el primer tercio del siglo XI, de un hábitat disperso con sus *curtes* y su siembra de *casae coloniciae* a un hábitat estrictamente concentrado en pueblos fortificados (*estra*) marcados en todas las áreas significó una ruptura cualitativa decisiva con la organización territorial vista hasta entonces en esa parte del mundo y, por eso,

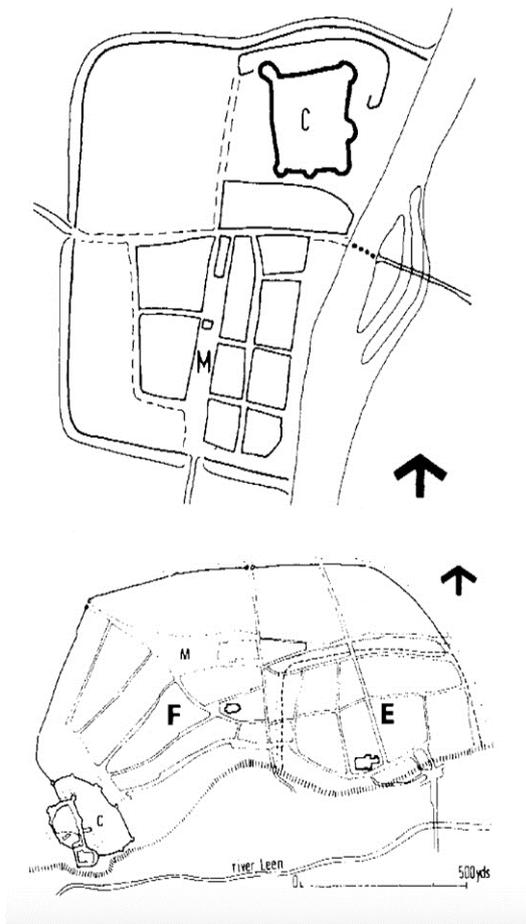
se considera una verdadera revolución *castral* (*incastellamento*)⁹ (Toubert, 1973, p. 12). Como ejemplo de ello, se presenta la figura de dos burgos ingleses, Wallingford y Nottingham, desarrollados a partir de sus respectivos castillos (figura 2).

En la medida en la que fueron creciendo las ciudades, los artesanos comenzaron a organizarse en gremios¹⁰. El artesano medieval a menudo no trabajaba directamente sobre los pedidos de los clientes, sino con sus propias materias primas para el mercado libre: era el vendedor de sus propios bienes. Las unidades de producción en ese momento eran principalmente pequeñas y las corporaciones se ocuparon de que siguieran siendo lo más posible. Es sólo en una etapa posterior que muchos pequeños artesanos se unieron a través del sistema *Verlag*, bajo el control de ricos maestros de gremios y comerciantes (Ennen, 1990 [1984], p. 145). Los gremios comenzaron a tener influencia significativa en la vida política y económica de su comunidad urbana, pues, además de organizar festivales religiosos y brindar apoyo a sus miembros en tiempos de enfermedad o dificultad, a menudo también tenían sus propios representantes que servían en el consejo de la ciudad u otros órganos de gobierno, y estaban involucrados en la regulación del comercio dentro de la urbe, desempeñando así un papel en el mantenimiento del orden social y la resolución de disputas producidas por los antagonismos sociales.

⁹ El historiador francés Pierre Toubert (1973) acuñó la palabra *incastellamento*, que es un neologismo sin traducción exacta al español, pero que se usa para dar cuenta, particularmente en la época medieval, de la acción de fortificar un lugar, generalmente, aunque no siempre, con un castillo.

¹⁰ Los gremios a menudo estaban estructurados jerárquicamente con un maestro en la parte superior que era responsable de supervisar el trabajo de los aprendices y oficiales. Los aprendices eran trabajadores jóvenes que estaban aprendiendo un oficio, mientras que los jornaleros eran trabajadores calificados que habían completado su aprendizaje, pero aún no eran maestros.

Figura 2.
Wallingford (arriba) y Nottingham (abajo):
dos ejemplos de burgos ingleses.



Clave: C, castillo; M, mercado.

En Nottingham, después de la conquista normanda, se estableció un nuevo distrito francés (F) contiguo al área del burgo inglés original (E).

Fuente: Morris (1994, p. 105).

Los antagonismos internos

Florenia fue una de estas ciudades que se organizó en torno a poderosos gremios como el *Arte della Lana* (gremio de la lana) y el *Arte di Calimala* (gremio de telas), que fueron vitales para la economía y la vida política y cultural de la ciudad (Frick, 2022). Asimismo, Brujas, se organizó en torno a gremios como el de comerciantes aventureros y de los tejedores, y en Londres, la organización gremial de *Worshipful Company of Mercers* (comerciantes) y la *Worshipful Company of Fishmongers* tenían un importante poder político y económico en la ciudad (Sutton, 2005), así como, el *Zunft der Goldschmiede* (gremio de orfebres) y el *Zunft der Schuhmacher* (gremio de zapateros), que jugaron un papel clave en la regulación del comercio y la vida política y cultural de las ciudades alemanas (Haupt, 2002). Los monjes en los conventos también se fueron organizando de esa forma, convirtiéndose en expertos manufactureros, como lo atestigua el benedictino Teófilo (ca. 1180) en su *De diversis artibus*, considerado el primer tratado completo sobre técnicas artísticas y metalúrgicas desarrollado en el ambiente de la sociedad monacal.

Marc Bloch explicaba que la originalidad del movimiento gremial o las cofradías de las gildas populares, en su momento prohibidas por Carlomagno, fue el juramento comunal que unía a los iguales, “los unos a los otros, y, más tarde, las asociaciones de paz, que las comunas urbanas recogerían como herencia. Esas comunas comenzaron a ser violentamente antipáticas al mundo jerarquizado, aunque los altos burgueses, auténticos fundadores de estos grupos urbanos, nada tenían de democráticos, pues con frecuencia eran duros y despiadados acreedores de los más pequeños, pero, al sustituir la promesa de obediencia, remunerada por la protección, por la promesa de ayuda mutua, aportaron a Europa un elemento de vida social nuevo, alejado del espíritu feudal (Bloch, 2011 [1939-1940], p. 376). Las distintas formas de gobiernos autónomos recibieron el nombre de “comunas” debido a su “distribución común” de derechos y privilegios.

De esta manera, en gran parte de la Europa del Norte, en casi todas las ciudades de origen romano que se habían organizado en

torno a los burgos, puertos o mercados sus habitantes comenzaron a gozar de distintos privilegios económicos y jurídicos, concedidos por los reyes, príncipes y obispos de las que dependían. En estos lugares, los habitantes tenían un origen social más homogéneo de impronta mercantil o burguesa sin lazos feudales con los señores de la tierra. En Alemania, por ejemplo, la condición de *Städt* (ciudad) se le reconocía únicamente a los centros que habían obtenido una carta del emperador o de los príncipes. En las ciudades italianas, por el contrario, existían pequeños y grandes propietarios, generalmente ligados a la tierra, algunas veces clérigos o religiosos, y los habitantes de la ciudad, los llamados *cives* (ciudadanos), se diferenciaban por su condición jurídica a los trabajadores del campo y la aristocracia (Zorzi, 2018 [2011], p. 37). Estas ciudades todavía no superan sus conflictos internos cuando ya enfrentan una variedad de antagonismos externos que las obligaban a desarrollar estrategias de defensa, forjar alianzas y tomar decisiones políticas y económicas clave que tuvieron un impacto duradero en su desarrollo y evolución a lo largo de la Edad Media.

Los antagonismos externos

En el 902, Otto el Grande volvió a articular el espacio europeo fundando con el *Sacro Imperio* una ficción en la que los reyes germanos tenían patronato sobre el resto de la cristiandad, gracias a su rearticulación con la Iglesia de Roma, que había establecido su circunscripción diocesana sobre las viejas ciudades romanas, manteniendo su prestigio intacto en medio de la anarquía entre el siglo IX y X, que siguió a la muerte de Carlomagno. Sin embargo, como respuesta a los abusos perpetrados por los nobles feudales hacia la Iglesia y los campesinos, los obispos lograron organizar en sus diócesis la llamada *Pax Dei* (Paz de Dios) proclamada en el concilio de Charroux, del año 989, como un intento de proteger la propiedad eclesiástica, los recursos agrícolas y a los clérigos sin armas. Más tarde la *Triuga Dei* (Tregua de Dios) fue proclamada en el Concilio de Toulouges del año 1027, limitando los días de la semana y las épocas del año en que la

nobleza podía participar en acciones violentas o de guerra, por ejemplo durante la Cuaresma (Jordan 2002, p. 56-57). Esas instituciones de paz garantizaron el *minimum* de seguridad y tranquilidad interior que exigía el desarrollo económico de las comunas mientras iban aumentando su vitalidad y autonomía.

El reclamo de autonomía y derecho de autogobierno de esas comunas, la mayoría de ellas sin reconocimiento oficial las llevó más tarde a desconocer a la soberanía imperial del *sacro emperador* Federico Barbarroja (ca. 1125-1190) que combatió en Italia para hacer valer su autoridad imperial, reforzando el soporte de la neutralidad laica y a través de instrumentos jurídicos, aparentemente neutrales, para imponer su potestad política en las comunas rebeldes. La reafirmación del derecho romano con la *Constitutio de Regalibus*, las prerrogativas (regalías) de la autoridad real, ejercicio de la justicia y cobro de impuestos, llevaron a una reformulación del *Corpus iuris civilis*, que había sido propuesto como derecho común de toda la cristiandad. En consecuencia, muchas comunas empiezan a poner por escrito sus propios estatutos y el crecimiento de la presión fiscal empujó a muchas ciudades vénetas y lombardas a formar “ligas”, después unificadas en la “Liga Lombarda” de 1167, sostenida por el papa Alejandro III, que tuvo importantes victorias militares y políticas que dejaron incompleto el proyecto de unificar el poder imperial desde Alemania hasta Sicilia (Zorzi, 2018 [2011], pp. 38-39).

En suma, se puede decir que en aquellos lugares donde la dominación romana había durado más tiempo, como en Italia, Hispania o Provenza, las ciudades se conservaron a salvo de los señoríos, a pesar de su poca importancia numérica y económica. Esas ciudades estaban más bien dominadas por pequeños nobles feudales o bajo el gobierno de sus obispos¹¹, pero hacia finales del

¹¹ Junto a los principales temporales, que poseían de forma hereditaria el dominio del territorio, sin perjuicios de vinculación feudal, los príncipes espirituales, que eran titulares de cargos eclesiásticos (arzobispos, obispos, abades, abadesas) y los señores sobre un territorio imperial (princi-

siglo XI, cuando las jurisdicciones señoriales fueron disminuyendo y las luchas de las investiduras aumentaron¹², las comunidades mercantiles de las ciudades vieron la oportunidad para sacudirse también a los señoríos eclesiásticos, instituyendo verdaderos autogobiernos comunales, bajo la forma de un sistema consular efectivo, como sucede en Pisa (1081), Lucca (1085), Asti (1095), Génova (1099) y en otros lugares durante el siglo XII. Más tarde, se contratan administradores profesionales traídos de fuera, es decir, los llamados *podestà*, palabra que viene del latín *potestas*, referida a “un poder”, que serán más característicos en el siglo XIII, cuando aumenta el conflicto de clases en esas comunas autónomas¹³, (Anderson, 2019 [1975], p. 168). Mientras tanto, en la medida en la que esas ciudades se vuelven más autónomas también se recrudece la competencia geopolítica y geoeconómica que desembocará en un conflicto armado en el centro y Norte de Italia.

LA CIUDAD Y EL CAPITALISMO

En la Edad Media, los cronistas del Norte de Europa no consideraban la política de las ciudades como un conflicto de intereses

pado), ligaban íntimamente la organización del imperio y la Iglesia a su estructura política y social (Stollberg-Rilinger, 2020 [2006], p. 33).

¹² El marco del conflicto generalizado entre el imperio y el papado lleva a un orden político comunal, que consiste en asambleas llamadas *conciones* o *arrenghi* de ciudadanos eminentes, para ocupar el cargo temporal de cónsules, jefes políticos militares o judiciales de la comuna.

¹³ El emperador Federico Barbarroja sentó el precedente al nombrar o reconocer a tales funcionarios en varias ciudades de Lombardía y Emilia después de 1160. Las comunas encontraron conveniente la figura del *podestà*, como sólo un funcionario ejecutivo que expresara sus tratos con la autoridad externa, en particular en la negociación con el emperador, como sucedió en el momento de los tratados de Venecia y Constanza (1177 y 1183) (Waley, 2023 [1969], p. 43).

de clase, como sí lo hacían en las ciudades italianas. Allí existían evidentes intereses entre los grupos profesionales y mercantiles que creaban conflictos entre los ricos y los menos ricos. La distinción *magnati e popolani* (magnates y plebeyos), por ejemplo, es un lugar común de la literatura urbana italiana. Esta distinción no corresponde a la distinción moderna entre patrones y proletariado, porque en ese momento nadie pensaba que los sirvientes tuvieran algún derecho político, sino que era más bien una distinción social. Los conflictos de este tipo se intensificaron y fueron mucho más evidentes a comienzos del siglo XIV, que fue un periodo de turbulencia política y experimentación constitucional (Holmes, 2019 [1975], p. 95). En este periodo, los canonistas y juristas discutían las características de la nobleza sin ponerse de acuerdo para determinarlas, como bien recuerda en el *Convivio*, Dante Alighieri ([1304-1307 IV, 3]): “*reprobando el juicio falso y vil de los que quieren que de la nobleza sea origen la riqueza*”.

Antes de eso, en realidad no se discutía quién era noble, pues lo era cualquiera que perteneciera a aquellas familias dadas que la tradición y las condiciones económicas y políticas ennoblecen. Salvemini (1889) explicaba que las ciudades italianas se disputan entre grupos (como los güelfos y gibelinos) que son partidos locales y que por tanto combaten por razones locales independientes a la lucha entre papado e imperio. Esos partidos no piensan en la libertad, la independencia, la unidad italiana, ni los derechos del papa o del emperador, sino que su objetivo, lo que les preocupa es el dominio de la *Comuna*, declarándose de una parte u otra (güelfos y gibelinos) solo para ser por los poderes externos ya sea del papado o del imperio. Esto explica por qué los papas o emperadores no pudieron nunca adquirir autoridad estable ni siquiera sobre las comunas y después sobre los “Señores”, que se decían a ellos fieles (Salvemini, 1889, pp. 7-8). Por eso, como intuyó tempranamente Nicolás Maquiavelo (1532), y como bien observaron Oliver Cox (1959), Fernand Braudel (1979) y Janet Abu-Lughod (1989), en esas condiciones las ciudades italianas lograron constituir una especie de subsistema protocapitalista de construcción del Estado

y de organización de la guerra, dentro del sistema feudal de la Europa medieval.

Esa ciudad medieval fue solidaria del modo de producción feudal, en el que predominaba considerablemente la agricultura, pero también lugar de comercio, teatro de la lucha de clases entre la burguesía naciente y la feudalidad de la tierra, punto de impacto y palanca de la acción estatal (Lefevre, 1969 [1968], p. 72). En ese panorama, las relaciones feudales son esencialmente personales y la noción de Estado se pierde, pues el sentimiento de referencia se fragmenta en la persona de distintos “Señores”. Por eso, la comunidad rural y muy pronto las comunas urbanas constituidas a menudo en contra de los poderes feudales representan un sentido de comunidad más amplia, que será la base sobre la que renace el Estado política y territorialmente fuerte (Vilar, 1980, p. 158).

La expansión de las comunas

Las comunas que comenzaron a dominar sobre todo el Norte de Italia emprendieron una agresiva expansión y conquista sistemática del *contado*, es decir, de los campos que los rodeaban, atacando feudos señoriales y aboliendo las inmunidades feudales, arrasando castillos y forzando a la sumisión a los señores cercanos, con el fin de extraer de esos territorios impuestos, tropas y grano para aumentar su poder y prosperidad de cara a sus rivales (Waley, 2023 [1969], p. 69). Los conflictos de clase abiertos comenzaron a ser una característica común de la vida de estas ciudades y al interior de las comunas, la alianza ejecutiva de los elementos dirigentes tuvo la desventaja de que las disputas dentro de esta clase gobernante se reflejaron en fisuras de los consulados. En la medida en la que la comuna afirmaba su autonomía, se volvía cada vez más difícil mantener juntas a las familias rivales en el cargo y por ello los regidores de las ciudades decidieron liquidar los consulados, acordando con cada vez más frecuencia considerar distintas formas de gobierno bajo la figura del *podestà*, es decir, ofreciendo cargos oficiales poderosos y temporales a extranjeros, independientes de

los conflictos y los intereses locales, en el intento por paliar así las disputas internas de esas ciudades.

Sin embargo, el frágil equilibrio que permitió la institución de la *podestaría* no duró mucho tiempo y, para comienzos del siglo XIV, las comunas lombardas cayeron en tiranías personales hereditarias, y luego la mayoría de las ciudades comunales del centro y Norte de Italia se convirtieron en *Signorie* (Señorías), en las que el poder se concentraba en manos de unos cuantos autócratas, la mayor parte de ellos exfeudatarios o *condottieri* (Jones, 1975, p. 332). Así la península se convirtió en un tablero de lucha entre las ciudades italianas que anexionaron el campo circundante a ellas, pero sin que se desarrollara la pirámide rural feudal como en el resto de Europa¹⁴ (Anderson, 1975 [2019], p. 169). Esto fue posible, sobre todo porque el elemento señorial local en realidad no había desaparecido y había muchos grandes señores que controlaban posesiones rurales y a veces también urbanas en Italia.

Entre el año 1060 y 1200, el impulso demográfico, acompañado por la extensión de las superficies cultivadas, también fue avivando la necesidad de las aldeas y los señoríos de tener relaciones más continuadas con los mercados, porque los progresos de la producción hicieron crecer los excedentes comercializables para comprar granos u objetos que los retornos locales no proporcionaban. La gente se movía y chocaba con fronteras sociales, más que políticas, ante el fracasado intento inmovilizador de los poderes feudales. El desarrollo agrícola y el progreso comercial estaban estrechamente relacionados a los grandes centros de intercambio ubicados en los ejes fluviales y marítimos del continente. Al Sur,

¹⁴ Sólo en dos regiones italianas se implementó un sistema político-económico plenamente feudal, como extensiones del feudalismo europeo más poderosos, es decir, el centrado en Francia en el Piamonte, lindante con la región de Saboya, en la frontera con los Alpes, situados lejos de las comunas de la llanura; y el reino meridional de Nápoles y Sicilia, que habían creado los normandos después de conquistarlo a los bizantinos y a los árabes en el siglo XI (Anderson, 2019 [1975], p. 169).

los venecianos se conectaban con los puertos de Levante, al tiempo que Amalfi, Pisa y Génova rivalizaban por ampliar su influencia en el Mediterráneo occidental, extendiéndose por el Norte de África hasta Oriente Medio (Musarra, 2020, p. 366). Mientras tanto, en el Norte, normandos y frisonos compiten con flamencos y alemanes, convirtiendo a Bruselas en un importante centro de operaciones y por eso no es extraño que la región lombarda, centrada sobre todo en Milán, haya surgido como un importante centro comercial que entrelaza a la Europa del Norte con el Mediterráneo.

Conectando los grandes puertos de importación y exportación también se desarrollan las ferias, importantes centros de contacto entre el mundo mediterráneo y los pueblos nórdicos, como las de Flandes y de Champagne, donde además se regulan todo tipo de operaciones de cambio y crédito. El cambio directo es la principal operación monetaria y el crédito sigue siendo limitado y sencillo, hasta que hacia el siglo XII van surgiendo en Génova ciertas agrupaciones de acreedores, los *compere*, que se hacen otorgar de la comuna, por venta anticipada, la percepción de determinados impuestos de los que obtienen beneficios, sin quebrantar las leyes de la Iglesia. Se trata de una nueva forma de préstamo que implica cláusulas referentes al riesgo del mar y estipula que a veces el reembolso se haga en otro lugar y con otra moneda, lo que permite crédito y transferencia de fondos, esbozando tempranamente el esquema de la letra de cambio (Le Goff, 2019 [1971], p. 43). La nueva fuerza del dinero comenzó a someter todos los contenidos de la vida de estas ciudades.

Como estratos dominantes, el clero y la nobleza eran las fuerzas que cuidaban el mantenimiento de los límites de una sociedad en la que se pensaba que cada cual ocupaba el lugar que la naturaleza y Dios le había asignado. El poder medieval sobre la economía, fundado en la autoridad y la tradición, se ejercía sobre empresas individuales autárquicas, pero cuando la economía saltó de la pequeña y mediana empresa a la gran empresa capitalista fabril y de producción para los mercados exteriores ya no fue posible mantener los antiguos límites y reglamentaciones (Von Martin, 2006

[1932], p. 19). Así que el restablecimiento general del comercio en el siglo XII llevó a la transformación definitiva de la Europa occidental, liberándola de la inmovilidad tradicional a la que la había condenado una organización social basada en las relaciones del hombre con la tierra.

El comercio

Entre el siglo XII y XIII, las ciudades reciben gran afluencia de mano de obra no cualificada y por eso la ósmosis entre campo y ciudad se vuelve mucho más intensa. Los campesinos van a la ciudad para vender sus productos y hacer adquisiciones en los mercados artesanales, pero uno de los factores que caracterizan el nuevo sistema de relaciones comerciales es el mayor relieve que van adquiriendo las actividades financieras, respecto a las actividades mercantiles¹⁵. Las ciudades italianas comienzan a adoptar el papel de plazas financieras y sedes de ferias internacionales de intercambio, con todo tipo de filiales y agencias crediticias. Las letras de cambio y las primitivas formas de seguros marítimos permitieron mejorar la organización del comercio, repartiendo los riesgos, como lo hizo Venecia, que al estar más expuesta a las influencias orientales se convirtió en el “gran laboratorio crediticio europeo” (Ferguson, 2010 [2009], p. 50).

Gracias a Giovanni Villani (ca. 1348) se sabe que en el siglo XIII y XIV en Florencia había más de 200 talleres dedicados a la producción de unas 80, 0000 piezas de paños de lana, cuyo valor de producción ascendía a 1, 200, 000 florines, permitiendo vivir a

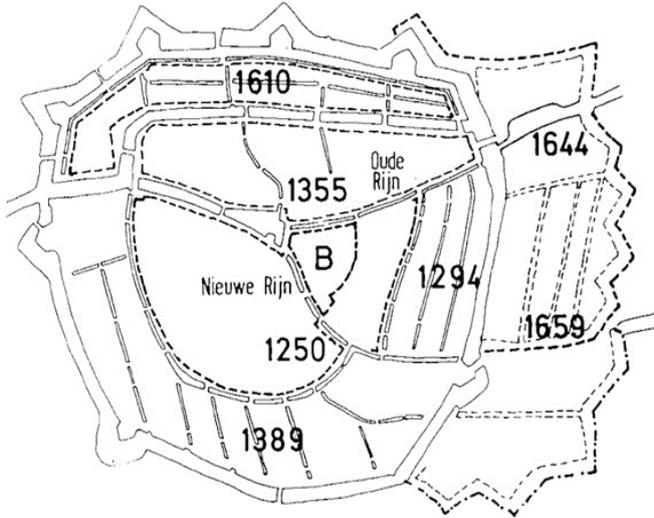
¹⁵ La expansión urbana continuó a buen ritmo durante los siglos XII y XIII e incluso la peste negra, que asoló Europa en general entre 1348 y 1378, no produjo más que retrocesos temporales. Las posibilidades de supervivencia eran mayores en el campo, pero las ventajas comerciales de vivir en las ciudades seguían siendo muy atractivas. Así hubo una tendencia a desplazarse hacia las ciudades, acelerando así los problemas de despoblación rural (Morris, 1994, p. 95).

unas 30, 000 personas de esta actividad. Había otros 20 grandes talleres dedicados al terminado de telas extranjeras, lo que hoy se llamaría maquilas, que representaban otras 10, 000 piezas con valor de unos 30, 000 florines. En la ciudad existían cerca de 80 casas de cambio, entre ellas las de los Bardi y los Peruzzi que llegaron a prestarle a Eduardo III de Inglaterra más de un millón de florines de oro para financiar sus incursiones en Francia durante la Guerra de los Cien Años, pagaderos contra renta e impuestos, tal y como funciona una deuda pública en sentido moderno (Villani, 1984 [ca. 1348], p. 133-134).

La renovación del comercio a larga distancia repercutió no sólo en el renacimiento urbano sino en la función económica que define a la ciudad medieval. El crecimiento de la población urbana y rural hizo posible y necesario la creación y desarrollo de centros de distribución, consumo y producción artesanal (Le Goff, 2019 [1971], p. 45). En consecuencia, las ciudades comenzaron a crecer fuera de sus muros y la población se asentó en nuevos núcleos religiosos o comerciales, lo que marcó el destino de la especialización de las actividades urbanas. En la figura siguiente, por ejemplo, se observa el caso de la ciudad de Leiden¹⁶, cuyo perímetro defensivo se aproxima a la forma circular ideal, que encierra una ciudad esencialmente “sin forma”, carente de cualquier elemento unificador central, que había crecido mediante la adición de varios distritos nuevos sucesivos.

¹⁶ Con una población superior a 10, 000, Leiden en 1500 se había convertido en la tercera ciudad más grande de los Países Bajos. Más tarde aún, entre 1644 y 1659, se agregaron otros tres nuevos distritos en el lado sur de la ciudad. El área urbana total era entonces de aproximadamente 170 hectáreas (Morris, 1994, p. 143).

Figura 3.
Crecimiento de la ciudad de Leiden.



Fuente: Morris (1994, p. 143).

A partir de 1294, en respuesta al rápido aumento de la prosperidad basada en el comercio textil, se planeó una extensión de *grachenstad* al Sur del *burcht* (B), haciendo uso de los antiguos *slo-ten* (zanjas de drenaje) como base de cuatro canales aproximadamente paralelos. Se muestran dos ampliaciones del siglo XIV que, junto con la de principios del siglo XVII.

Sobre todo en Italia, las ciudades-Estado prosperaron gracias a la acumulación de capital originada en el comercio de larga distancia y en las altas finanzas, la gestión del equilibrio de poder, la comercialización de la guerra y el desarrollo de una diplomacia residencial, que estimulaba una extraordinaria concentración de riqueza y de poder, en manos de las oligarquías dominantes (Cox, 1959, pp. 480-481). No obstante, para la segunda mitad del si-

glo XIV, esas repúblicas oligárquicas son golpeadas por violentas revueltas y motines de los gremios que estallan en Luca (1369), Siena y Perugia (1371), Florencia (1378), Génova (1383 y 1399) y Verona (1399) (Zorzi, 2018 [2011], p. 37). Todas estas revueltas fueron reprimidas violentamente por la reacción de los empresarios y la vieja nobleza, que volvió a ganar protagonismo en sus ciudades, incluso en Florencia, donde los cardadores de lana llamados *Ciompi* habían logrado hacerse con un tercio de los cargos del gobierno.

La burguesía

El crecimiento urbano no siempre estuvo acompañado por la expansión de las burguesías. La industria alemana, por ejemplo, en la medida en que experimentó expansión, pasó de las ciudades a las fincas de los terratenientes, en los Países Bajos, que era uno de los centros más importantes de riqueza y poderío urbanos de la Edad Media, los nobles supieron aprovechar en su favor, primero, la hegemonía de los duques franceses y, después, la de los Habsburgo para afianzar su poderosa influencia en la vida política e incluso económica de la región. Fueron esos nobles, y no las ciudades con sus tradiciones de autogobierno, los que un poco más tarde asumirían la dirección de la lucha para conseguir su independencia del dominio real español, en el siglo XVI (Elton, 2016 [1974], p. 330). En estas condiciones, lejos de tratar de derrocar el orden establecido, que era fundamentalmente aceptado, la burguesía medieval no discutía los derechos ni la autoridad de los príncipes, los nobles o el clero, sino que simplemente buscaba permisos y franquicias para desarrollar sus operaciones comerciales en las nuevas tierras controladas por esos Estados.

Por eso, bien decía Braudel (1985) que el régimen feudal al constituir, en beneficio de las familias señoriales, una forma dura del reparto de la riqueza territorial permitía que la “burguesía” viviese como un parásito dentro de esta clase privilegiada, cerca de ella, contra ella y aprovechándose de sus errores, de su

lujo, de su ociosidad y de su falta de previsión, para acabar apoderándose de sus bienes, con frecuencia a través de la usura (Braudel, 2018 [1985], pp. 77-78). Esta burguesía se encontraba en principio en contradicción con el orden feudal y señorial establecido, con muchas dificultades para su desenvolvimiento y, en consecuencia, para el desenvolvimiento de las ciudades. Jean Froissart (ca. 1400) da cuenta de las tensiones entre los habitantes de la ciudad y los poderes feudales, sobre todo cuando trata el sitio de la ciudad de Rennes por Charles de Blois, duque de Bretagne, en mayo de 1342:

Los de la villa y del castillo se defendieron con tanto valor que no perdieron nada. En la guarnición había un capitán de la parte de mi señor Charles, un escudero, que se llamaba Tassart de Guñes y era un hombre muy experto en armas. Pero sucedió la desgracia de que las tres partes de las gentes de la villa eran más ingleses de corazón que franceses. Cogieron a su capitán y le dijeron que lo matarían, si no se hacía inglés con ellos. Tassart temió la muerte y dijo que haría todo lo que quisieran. Le dejaron ir y comenzaron a tratar con los caballeros ingleses (Froissart 1988 [ca. 1400], p. 122).

Esa pérdida de control efectivo de los poderes feudales sobre las ciudades trató de ser compensada con una segunda fase de creación de nuevos centros urbanos, en particular mediante las llamadas *bastiades*¹⁷, desarrolladas originalmente en la región de Occitania, al Sur de Francia, como bases inexpugnables para las guarniciones militares permanentes y tenían tan sólo funciones comerciales de carácter subsidiario (Randolph, 1995, p. 292). Ese modelo fue impulsado primero por los señores feudales franceses e ingleses que luchaban entre sí en la Guerra de los Cien Años

¹⁷ La palabra *bastide* está relacionada al latín *bastire* y al francés *bdtir* (construir).

y más tarde fue adoptado por los príncipes españoles en los territorios que iban tomando a los musulmanes, o las ciudades de colonización en la zona oriental alemana levantadas por los caballeros de la Orden Teutónica en su lucha contra los eslavos¹⁸. Sin embargo, los que darán un giro de tuerca a la lógica medieval serán los portugueses con la toma de Ceuta de 1415, que tuvo gran resonancia en Europa, no sólo por el hecho de la conquista, sino por la decisión portuguesa de retener la plaza, en lugar de arrasarla completamente, y emprendiendo, como Estado portugués, la defensa y adquisición de una posesión ultramarina en territorio árabe, avanzando con ello a la moderna y sistemática fase de exploración y comercio en África (Parry, 2014 [1949], p.13).

El Estado

En realidad, la mentalidad medieval comenzó a cambiar en la medida en la que el centro comercial del Mediterráneo se desplazaba al Atlántico, sobre todo luego de la caída de Constantinopla a manos de los turcos que propició el inicio de la búsqueda de nuevas rutas comerciales por África atlántica y más tarde en América, aunque sus efectos no fueron inmediatos. Las ciudades mediterráneas, como Florencia, Génova y Venecia, siguieron manteniendo un grado significativo de autorregulación y autonomía, alimentado en parte por interacciones secretas entre ellos, sin intentar nunca individual o colectivamente, una transformación del sistema medieval. Tuvieron que transcurrir dos siglos, entre 1450-1650, para que un nuevo tipo de Estado capitalista como las Provincias Unidas de los Países Bajos¹⁹ se le presentara la oportunidad de

¹⁸ No todas las bastides fueron erigidas sobre emplazamientos nuevos; muchas se basaron en asentamientos aldeanos ya existentes, reestructurados.

¹⁹ Las Provincias Unidas estaban formadas por las siete provincias del Norte de los Países Bajos: Frisia, Groninga, Güeldres, Holanda, Overijssel, Utrecht y Zelanda que se agruparon desde la Unión de Utrecht de 1579 hasta la ocupación francesa de 1795.

transformar el sistema de dominio europeo, adaptándolo a las exigencias de acumulación de capital, aunque paradójicamente eso implicó que los Estados modernos fueran menos, y no más, capitalistas que Venecia o las otras ciudades italianas medievales (Arrighi, 2018 [1994], pp. 54-56, 64).

Cuando Lutero puso su confianza en los príncipes, tanto como Bucer y Calvino explotan en beneficio de su causa la influencia que tenían con las autoridades municipales, así como Cromwell y Cranmer que asignan a Enrique VIII la suprema potestad eclesiástica en la tierra, el poder de los gobernantes viró para fomentar la consolidación de unidades políticas de los territorios. En Francia e Inglaterra se lograron grandes progresos en la política de acabar con las divisiones internas y de someter todo el reino a la autoridad del rey. Carlos V unificó el gobierno de sus reinos españoles y trató de hacer una especie de Estado federado en los Países Bajos. Incluso en Rusia, la “reunión de tierras”, de Iván III dio lugar a un vasto Estado liberado de la soberanía tártara (Elton, 2016 [1974], p. 318).

Sin embargo, las ciudades-Estado italianas y alemanas no se ajustaron a este modelo de Estado absolutista (Anderson, 1979). Las ciudades-Estado italianas eran en su mayoría repúblicas y oligarquías, con el poder dividido entre varias facciones políticas y familias, incluso aquellas que tenían gobernantes fuertes, como los Medici en Florencia, no lograron crear un Estado absolutista, pues como recuerda Francesco Guicciardini (ca. 1508-1509), *ya que no se tratará de apoderarse del gobierno quitándose a cuatro o seis, o diez, o veinte ciudadanos, sino a todo el pueblo que añora la esa libertad, que no se le puede inducir a olvidar...*” (Guicciardini, 2006 [1858], p. 54). Asimismo, los alemanes que tenían una aguda y clara conciencia del concepto de “nación alemana”, en cuanto comunidad de tradiciones e intereses, que ellos deseaban ver expresada no mediante la creación de un Estado nacional, sino, de forma más imprecisa y difusa, mediante la paz y la cooperación de las diversas y fragmentadas entidades políticas, pusieron sus esperanzas en las ciudades y en los indicados sectores medios de la sociedad para integrarse (Elton: 2016 [1974], p. 53).

En suma, tanto las ciudades-Estado italianas como las alemanas carecían de los recursos económicos y el poder militar para establecer un Estado centralizado, necesario para el desarrollo del capitalismo moderno. De ahí que la primera gran fase de expansión capitalista en Europa haya sido la de las ciudades-Estado italianas: Venecia, Génova y Florencia, en donde la elite del dinero fue la que ejerció el poder. Pero no fue sino hasta el siglo XVIII, cuando en Holanda, la aristocracia que gobernó siguió el interés e incluso las directrices de los hombres de negocios, negociantes o proveedores de fondos. En Inglaterra, con la revolución de 1688, se llegó asimismo a un compromiso semejante al holandés y, desde entonces, el capital británico logró extenderse por todo el mundo (Braudel, 2018 [1985], p. 72).

La ciudad urbana que surgió de este proceso se abrió paso entre las ruinas de la ciudad tradicional y su contorno agrario. La relación entre industrialización y urbanización se transforma y la ciudad deja de ser recipiente y receptáculo de productos, para convertirse en centro de decisión, que formará parte en adelante de los medios de producción y de los dispositivos de explotación del trabajo, por los que detentan la cultura, la información y la misma toma de decisiones, segregando y marginando cada vez con más fuerza el “habitar” de las clases menos favorecidas, tanto dentro de las urbes, como de sus alrededores (Lefevre, 1969 [1968]: 166-167). Las ciudades modernas comenzaron a brotar de la concentración geográfica y social de un excedente de producción, pues el capitalismo necesita urbanizarse para absorber el producto que genera continuamente. En estas condiciones, la ciudad tradicional comenzó a ser asesinada por el desarrollo capitalista, ávido de crecimiento urbano, con consecuencias sociales, políticas y medioambientales terribles (Harvey, 2017 [2013], p. 21).

Es por ello por lo que parece difícil dissociar el origen del capitalismo moderno con el proceso de urbanización, pues la ciudad, como decía Sombart (1902), encarna la esencia de un cierto “espíritu” capitalista que lo acompaña (Sombart, 2014 [1902], p. 264). Ese espíritu fue legado al Estado moderno, que no creó el capita-

lismo, pero lo heredó –como bien decía Braudel (1985)–, pues el capitalismo sólo triunfa cuando se identifica con el Estado, o más bien, cuando es el Estado (Braudel, 2019 [1985], p. 72). Es por ello por lo que Henri Lefebvre (1968) hacía un llamado al derecho la ciudad (*ledroit à la ville*), no a la ciudad antigua, sino a la vida urbana, a la centralidad renovada, a los lugares de encuentros y cambios, a los ritmos de vida y empleos del tiempo que permiten el uso pleno y entero de estos momentos y lugares (Lefebvre, 1968 [1969]: 167)). En otras palabras, el derecho a la ciudad es un llamado, una especie de impulso, a la restauración de la centralidad de las ciudades tradicionales, de los lazos comunitarios que en ella subsisten, desplazadas por el proceso de urbanización capitalista que se despliega desde la lógica del Estado moderno.

CONSIDERACIONES FINALES

Al trazar el desarrollo histórico de la ciudad, este trabajo deja en claro que, en realidad, como explicaba Henri Lefebvre (1974), que el desarrollo del capitalismo industrial, contrariamente a una visión ingenua demasiado extendida, no supuso un fortalecimiento de la ciudad, sino su virtual desaparición como sistema social institucional y relativamente autónomo, organizado en torno a objetivos específicos. De hecho, la constitución de las mercancías como engranaje básico del sistema económico, la división técnica y social del trabajo, la diversificación de los intereses económicos y sociales en un espacio mayor, la homogeneización del sistema institucional, provocaron una explosión de la ciudad como conjunción de una forma espacial con la burguesía como una clase específica en el ámbito de dominación social. La difusión urbana se equilibra precisamente con la pérdida del particularismo ecológico y cultural de la ciudad. Para Lefebvre (1974) la historia de la sociedad se traduce en un movimiento hacia su urbanización progresiva, consecuencia del poder transformador de la era industrial, tal y como se muestra en el siguiente cuadro.

Cuadro 1.
Proceso de urbanización progresiva

<i>Pre-industrial</i>		<i>Industrial</i>	<i>Post-Industrial</i>	
Ciudad política	Ciudad comercial	Ciudad Industrial	Zona crítica	100%
Necesidad		Trabajo	(Placer)	Sociedad Urbana

Fuente: elaboración propia con base en Martínez (2013: 39).

Por eso este artículo buscó ubicar históricamente la ciudad preindustrial en su doble dimensión política-comercial, buscando satisfacer necesidades materiales, que la conectan a la esfera del intercambio, en su paso hacia la sociedad industrial. Los principales italianos parecen haber avanzado tempranamente en ese proceso, pues fueron los primeros dotados de instrumentos y recursos para controlar sus territorios, creando el modelo que prelude la organización del Estado moderno en el siglo XV (Mussi, 2019 [2011], p. 23). No obstante, ese avance hacia la moderna organización estatal, Italia se convirtió en la pieza débil del rompecabezas europeo a causa de sus numerosas pequeñas entidades territoriales, que se preocupaban por mantener su soberanía, frente al gran Estado francés de Carlos VIII que invade la península inaugurando la época de las guerras en Italia (Barletta, 2019 [2011], pp. 21-22). Esos grandes Estados territoriales buscaron absorber a las ciudades portuarias prolongando el conflicto a los territorios alemanes, durante la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) que terminará transformando el mapa político y religioso de Europa definitivamente (Wilson, 2020 [2009], p. 2). De esa guerra, las Provincias Unidas de los Países Bajos surgieron victoriosas con un nuevo modelo de Estado soberano, pero su territorio era aún minúsculo e incapaz de alimentar incluso a su población. En realidad, ese Estado se erigía por detrás de Ámsterdam que dominará el mundo de la economía hasta mediados del siglo XVIII, como

la última ciudad-Estado de la historia, pues sólo Inglaterra logró consolidarse tempranamente como un Estado moderno transformando su espacio político en un espacio económico coherente, es decir en una economía nacional integrada, mediante una serie de revoluciones, agrícola, política, financiera e industrial (Braudel, 2018 [1985], pp. 102, 109-108).

En adelante, las ciudades fueron absorbidas e integradas a las necesidades de la economía nacional, debido a las necesidades e innovaciones de la vida material, impactando en el desarrollo urbano y las formas de organizar el territorio, fragmentando el consenso y multiplicando identidades y códigos de conducta entre los distintos Estados-nación soberanos. A partir del siglo XIX, la mayoría de las grandes ciudades fueron recodificadas canónicamente, remodeladas físicamente y reemplazando su antiguo trazado medieval por grandes bulevares que dominan su fisonomía hasta el día de hoy. Es el periodo en el que se verifica un nuevo capitalismo dominado por las altas finanzas como emergencia de una nueva cultura de consumo. Esa novedosa respuesta moderna dividió aún más a las ciudades y su organización económica y urbana de acuerdo con nítidas líneas de clase (Harvey, 2006). Se trata de un quiebre crucial que actualmente mantienen las ciudades en un espacio diferencial en donde las personas sin hogar buscan organizarse por lugares de vivienda y servicios básicos, y las minorías étnicas e identitarias pugnan por su derecho a espacios públicos seguros, tal y como había sucedido en el pasado, resultando pertinente, más que nunca, la reflexión sobre el origen de la ciudad en la dinámica del capitalismo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abu-Lughod, J. (1989). *Before European hegemony: The world-system A.D. 1250-1350*. Oxford University Press.
- Alighieri, D. (2013 [ca. 304-307]). *Convivio*. BUR.
- Anderson, P. (2019 [1975]). *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*. Siglo XXI.

- ____ (2021 [1979]). *El Estado absolutista*. Siglo XXI.
- Arrighi, G. (2018 [1994]). *El largo siglo XX, dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Akal.
- Astarita, C. A. T. (2019). *Revolución en el burgo, Movimientos comunales en la Edad Media. España y Europa*. Akal.
- Barbero, A. (2000). *Carlo Magno, un padre dell'Europa*. Laterza.
- Barletta, L. (2019 [2011]). Introducción. En Eco U. (coord.), *La Edad Media IV. Exploraciones, comercio y utopías*. FCE. 13-22.
- Bloch, M. (2011 [1939-1940]). *La sociedad feudal*. Alianza.
- Braudel, F. (1992 [1979]). *Civilization & Capitalism 15th-18th Century, The Perspective of the World, Volume 3*. Harper & Row.
- ____ (2018 [1949]). *Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II, [Tomo II]*. FCE.
- ____ (2018 [1985]) *La dinámica del capitalismo*. FCE.
- Chrétien de Troyes (2014 [ca. 1170-1181]). *El Caballero del León*. Alianza.
- Cipolla, C. (1979 [1972]). *Historia Económica de Europa (I), La Edad Media*. Ariel.
- Cox, O. C. (1959). *The Foundations of Capitalism*. Peter Owen Limited.
- Duby, G. (1979 [1973]). *Hombres y estructuras de la Edad Media*. Siglo XXI.
- ____ (2020 [1973]). *Guerreros y Campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea, 500-1200*. Siglo XXI.
- Davide, D. (2015 [2010]). Industrias y corporaciones. En Eco U. (coord.). *La Edad Media I. Bárbaros, Cristianos y musulmanes*. FCE, 280-284.
- Ennen, E. (1990 [1984]). *Le donne nel Medioevo*. Laterza.
- Ferguson, N. (2010 [2009]). *El triunfo del dinero, como las finanzas mueven al mundo*. Debate.
- Frick, C. C. (2002). *Dressing Renaissance Florence: Families, Fortunes, and Fine Clothing, Part I "Guilds and Labor"*, Johns Hopkins University Press.
- Fossier, R. (2019 [2007]). *Gente de la Edad Media*. Penguin Random House.
- Froissart, J. (1988 [ca. 1369-1400]). *Crónicas*. Siruela.
- Guicciardini, F. (2006 [1859]). *Historia de Florencia. 1378-1509*. FCE.

- Genicot, L. (1993 [1990]). *Comunidades rurales en el Occidente Medieval*. Crítica.
- Harvey, D. (2017 [2012]). *Ciudades Rebeldes, del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Akal.
- ____ (2006 [2014]). *París, capital de la modernidad*. Madrid.
- Haupt, H-G. (2002). *Das Ende der Zünfte Ein europäischer Vergleich*. Vandenhoeck & Ruprecht.
- Hegel, G.W. F. (2013 [1837]). *Introducción general y especial a las "Lecciones sobre la filosofía de la historia universal"*. Alianza.
- Hobsbawm, E. (1921 [1962]). *La era de la Revolución (1789-1848)*. En Hobsbawm E [antología], *Historia del mundo contemporáneo*. Crítica, 9-328
- Holmes, G. (2000 [1975]). *Europa: Jerarquía y Revuelta 1320-1450*. Siglo XXI.
- Isidoro de Sevilla (2004 [Ca. 625]). *Etimologías*. BAC.
- Jones, P. (1997) *The Italian City-State: From Commune to Signoria*. Oxford University Press.
- Jordan. W. C. (2002). *Europe in the High Middle Ages*. Penguin.
- Le Goff, J. (1964). *La civilisation de l'Occident médiéval*. Arthaud.
- ____ (2008 1985). *Los intelectuales en la Edad Media*. Gedisa.
- ____ (2019 [1971]). *La Baja Edad Media*. Siglo XXI.
- Lefebvre, H. (2009 [1962]). *La Comuna de París*. SOV Baix Llobregat.
- ____ (2013 [1974]). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- ____ (1969 [1968]). *El Derecho a la Ciudad*. Península.
- Lopez, R. (1976). *The Commercial Revolution of the Middle Ages, 950-1350*. Cambridge University Press.
- Mattoso, José (2009). *Naquele Tempo, Esnsaios de Historia Medieval*. Temas e Debates.
- Marx, K. (2019 [1953]). *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857-1858) 1*. Siglo XXI.
- Marx, K. y Engels, F. (2012 [1848]). *Manifiesto Comunista*. Alianza.
- Maquiavelo, N. (2014 [ca. 1532]). *El Príncipe*. Alianza.
- Martínez, E. (2013). *Ciudad, espacio y cotidianidad en el pensamiento de Henri Lefebvre*. En Lefebvre H, *La producción del espacio*. Capitán Swing, 31-50.

- Mendoza, E. (2016 [1986]). *La ciudad de los prodigios*. Planeta.
- Morris, A. E. J. (1994). *History of Urban Form Before the Industrial Revolutions*. Routledge.
- Musarra, A. (2020). *Il Grifo e il Leone, Genova e Venezia in lotta per il mediterraneo*. Laterza.
- Musi, A. (2019 [2011]). La formación del Estado moderno. En Eco U. (coord.), *La Edad Media IV. Exploraciones, comercio y utopías*. FCE, 23-28.
- Parry, J. H. (2018 [1945]). *Europa y la expansión del mundo, 1415-1715*. FCE.
- Pirenne, H. (1946 [1925]). *Medieval Cities: Their Origins and the Revival of Trade*. Princeton University Press.
- ____ (2019 [1972]). *Las ciudades de la Edad Media*. Alianza.
- Pocock, J. G.A. (1975). *The Machiavellian Moment, Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*. Princeton University Press.
- Randolph, A. (1995). The Bastides of Southwest France. *The Art Bulletin*, 77(2), 290-307.
- Sacco, G. (1974). Ciudad y sociedad hacia la Nueva Edad Media. En Eco, U. Colombo, F. *et al.*, La Nueva Edad Media. *Arial*, 93-155.
- Salvemini, G. (1899). *Magnati e popolani in Firenze dal 1280 al 1295*. Tipografia Carnesecchi e Figli.
- Stollberg-Rilinger, B. (2020 [2006]). *El Sacro Imperio Romano Germánico, Una historia concisa*. Esfera de los Libros.
- Sombart, W. (2014 [1902]). *El Capitalismo Moderno*. Ledizioni.
- Sutton, A. F. (2005). *The Mercery of London: Trade, Goods and People, 1130-1578*, Routledge.
- Tilly, C. (1984). *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*. Russell Sage.
- Teófilo (2000 [ca. 1180]). *Le varie arti (De diversis artibus)*. *Manuale di tecnica artistica medievale*. Palladio.
- Wallerstein, I. (2011 [1974]). *El moderno sistema mundial, la agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. FCE.
- Waley, D. (2023 [1969]). *The Italian City-Republics*. Routledge.

- Wilson, P. H. (2020 [2009]). *La Guerra de los Treinta Años, una tragedia europea 1618-1630, volumen I*. Desperta Ferro.
- Weber, M. (2017 [1923]). *Historia Económica General*. FCE.
- ____ (2019 [1922]). *Economía y Sociedad*. FCE.
- Villani, G. (1984 [ca 1348]). *Crónica Florentina*. Tekne.
- Vilar, P. (1980). *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Crítica.
- Zorzi, A. (2021 [2001]). *La Repubblica del Leone, storia di Venezia*. Bompiani.
- Zorzi A. (2018 [2011]). El nacimiento y la expansión de las comunas. En Eco U. (coord.). *La Edad Media II. Caballeros y Ciudades*. FCE, 36-40.